

Temas de Formación sobre la **Eucaristía**

Material de Formación Complementaria de
Acción Católica General de Toledo



**Acción Católica
General de Toledo**

Introducción:

La Eucaristía es un tema principal y fundamental en las verdades de nuestra fe cristiana. Es el principal de todos los sacramentos, porque contiene al Autor de los mismos. Los demás sacramentos están en relación con la Eucaristía, porque todos tienden, culminan y llegan a su plenitud en este gran Sacramento. La Eucaristía es la fuente y culmen de la vida, y misión de la Iglesia.

En toda la historia de la Iglesia, desde la primera comunidad apostólica hasta hoy -y continuará hasta la Parusía o fin del mundo-, la celebración del memorial del Señor, la Cena, la Fracción del Pan, la Misa o Eucaristía es la clave y el fundamento de la comunidad cristiana, de la Iglesia de Jesucristo.

Tenemos un precioso testimonio escrito sobre la importancia que para la comunidad cristiana tiene la Eucaristía en la celebración del "Día del Señor", el domingo. Se encuentra en las actas del martirio de los cristianos de Abitina, en el norte de África, en el año 304, en la persecución de Diocleciano.

Fueron sorprendidos cuando celebraban la Eucaristía, presidida por el presbítero Saturnino, en la casa del lector Emérito. Eran unos cincuenta, incluidos algunos jóvenes y niños. El proceso judicial quedó registrado minuciosamente en las Actas. Los mártires van motivando porqué se han reunido a pesar de la prohibición: "somos cristianos, por eso nos hemos reunido", "he asistido para celebrar los misterios del Señor con mis hermanos, en el Día del Señor, porque soy cristiana". Un joven dice: "esta reunión es el baluarte de mi vida por el Cuerpo del Señor"... Sobre todo se han hecho famosas las palabras del dueño de la casa, Emérito, seglar, lector de la comunidad, que ante la afirmación del procónsul: "Tú debes impedir la reunión", contesta: "No me era posible, pues nosotros no podemos vivir sin celebrar el Día del Señor con la Fracción del Pan".

En este curso 2009/10, en el que vamos a estar preparando el X Congreso Eucarístico Nacional (que por decisión de la Conferencia Episcopal Española tendrá su sede en nuestra diócesis, y se celebrará del 27 al 30 de mayo de 2010), es obligado que todos los católicos españoles y, en especial, los de nuestra diócesis, nos preparemos para este singular acontecimiento cargado de gracia, de fuerza espiritual, de ilusión cristiana, de dones y bendiciones, de luz, de vida y de amor.

Toledo no ha vuelto a tener la dicha de acoger otro Congreso Eucarístico Nacional desde 1926, año en que tuvo lugar el III Congreso. Estos son como hitos que nos ofrece la Iglesia, nuestra Madre, para fortalecer nuestra fe, esperanza y caridad, afirmando la necesidad de nuestra vivencia eucarística, que es el Sacrificio actualizado del amor infinito que Dios nos tiene, la Comida del Pan bajado del cielo que nos nutre y da la vida eterna, la presencia entre nosotros "hasta el final de los tiempos" de Jesucristo Resucitado.

Por eso, la Acción Católica, que por su propia y genuina identidad eclesial siente, vibra y vive con la Iglesia, debe dar a este evento del Congreso la importancia que tiene. Solicita a sus militantes que se vuelquen generosos en su preparación, con toda clase de iniciativas que secunden las orientaciones de la Jerarquía y se apresten para tomar parte, finalmente, en el Congreso. Y ofrece para este curso los temas y cuestionarios de formación que ahora presentamos, para que se trabajen en los diferentes equipos y los podamos ofrecer a otros seglares en nuestras parroquias y ambientes. A todos nos serán muy provechosos.

Se han elaborado tres cuestionarios, que se pueden hacer en más de una reunión, según el tiempo que dediquemos. Nos podíamos apoyar en diferentes textos y documentos de la Iglesia, pero hemos escogido un documento muy interesante del Magisterio. Se trata de la Exhortación Apostólica postsinodal "**Sacramentum Caritatis**", de Benedicto XVI, publicada el 22 de febrero de 2007, como fruto del sínodo sobre la Eucaristía celebrado en Roma del 2 al 23 de Octubre de 2005.

El citado documento tiene tres partes muy diferenciadas: **1º** "Eucaristía, misterio que se ha de creer", **2º** "Eucaristía, misterio que se ha de celebrar" y **3º** "Eucaristía, misterio que se ha de vivir". A estas tres partes corresponden cada uno de los cuestionarios.

Junto con el manejo de la "Sacramentum Caritatis", que es recomendable aunque no imprescindible para seguir estos temas, será útiles las citas para la reflexión que os damos y que proceden de tres fuentes que en la Acción Católica manejamos mucho, y que son imprescindibles para cualquier cristiano actual: la Biblia, el Catecismo de la Iglesia Católica y el Concilio Vaticano II, que todos debemos tener en casa, como libros imprescindibles para un católico.

Os animamos, pues, a integrar estos temas en vuestro calendario anual de reuniones, con el fin de dedicar a la Eucaristía el tiempo y el espacio que merece.

Tema 1:

La Eucaristía, misterio que se ha de creer

TEXTOS PARA LA ORACIÓN PERSONAL:

Ex 16, 1-20: "Mira, voy a hacer llover pan del cielo para vosotros"
Sal 78, 18-29: "No tenían fe en Dios, ni confiaron en su salvación"
Mt 26, 26-30: "Tomad y comed: esto es mi cuerpo"
Ap 2, 17: "Al vencedor le daré a comer del maná escondido"
Cor 10, 1-13: "Todos comieron el mismo alimento espiritual"

CONCILIO Y CATECISMO:

**Constitución sobre la Liturgia: 5-6, 47-48 y 55; CCI 1322-1332;
SACRAMENTUM CARITATIS: 1.33**

RESUMEN DOCTRINAL DEL TEMA

“Este es el Misterio de la fe”. Con esta expresión, pronunciada inmediatamente después de las palabras de la Consagración, el sacerdote proclama el misterio celebrado y manifiesta su admiración ante la conversión sustancial del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor Jesús, una realidad que supera toda la comprensión humana.

La Eucaristía es el misterio de la fe por excelencia, es el compendio y la suma de nuestra fe. La fe de la Iglesia es esencialmente fe eucarística, y se alimenta de modo particular en la mesa de la Eucaristía. El sacramento del altar está siempre en el centro de la vida eclesial; gracias a la Eucaristía, la Iglesia renace siempre de nuevo. Cuanto más viva es la fe eucarística, más viva es también la participación del Pueblo de Dios en la vida eclesial y en el apostolado.

SANTÍSIMA TRINIDAD Y EUCARISTÍA

La primera realidad de la fe eucarística es el misterio mismo de Dios, el amor trinitario. Por eso la Santa Misa, que es el culto principal que la Iglesia ofrece como memorial del Señor “desde donde sale el sol hasta el ocaso”, es el sacrificio, la plegaria y la acción de gracias dirigida al Padre, por Jesucristo el Hijo, con el Espíritu Santo. Jesús se manifiesta como el Pan de vida que el Padre eterno da a los hombres. Dios es comunión perfecta de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La Eucaristía en sí contiene todo el amor trinitario.

El santo Padre de la Iglesia San Cirilo de Jerusalén nos dice: “Invocamos a Dios misericordioso para que mande su Santo Espíritu sobre las ofrendas que están ante nosotros, para que Él transforme el pan en Cuerpo de Cristo y el vino en Sangre de Cristo. Lo que toca el Espíritu Santo es santificado y transformado totalmente”.

El Espíritu que invoca el celebrante sobre el pan y el vino, es el mismo que reúne a los fieles en un solo cuerpo, haciendo de estos dones una ofrenda agradable al Padre, porque es su propio Hijo.

LA EUCARISTÍA EN LA COMUNIDAD CRISTIANA

La Eucaristía edifica a la Iglesia, y la Iglesia hace la Eucaristía. La primera afirmación expresa la causa primaria: la Iglesia puede celebrar y adorar el misterio de Cristo presente en la Eucaristía precisamente porque el mismo Cristo se ha entregado antes a ella en el sacrificio de la Cruz. La posibilidad que tiene la Iglesia de “hacer” la Eucaristía tiene su raíz en la donación que Cristo le ha hecho de sí mismo. Como nos enseña san Juan, “Él nos ha amado primero” (1 Jn 4,19).

En la tradición más antigua de la Iglesia se designa Corpus Christi al Cuerpo nacido de la Virgen María, al Cuerpo eucarístico y al Cuerpo eclesial de Cristo. La

unidad de la comunión eclesial se revela concretamente en las comunidades cristianas y se renueva en el acto eucarístico que las une. Puesto que la Eucaristía es verdaderamente fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia, el camino de la comunidad cristiana tiene como punto de referencia la posibilidad de acceder a este sacramento.

Todos los sacramentos tienden, se orientan y buscan la Eucaristía como la plenitud de los mismos. Somos bautizados, confirmados, perdonados por la penitencia, unidos en matrimonio o ungidos a los que son ordenados sacerdotes, en orden a la Eucaristía. Es decir, este gran sacramento, el más importante de todos, porque contiene al Autor de los sacramentos, lleva a cada cristiano y a la comunidad a su plenitud, y es el centro y el fin de toda la vida sacramental.

En la familia cristiana, que es la iglesia doméstica, la célula vital de la sociedad y de la comunidad cristiana, la Eucaristía debe ser el corazón de la misma, su centro vital, y su meta moral y religiosa. Los sacramentos han de vivir y desarrollarse como el quehacer creyente más importante. Todos los miembros debemos alimentar, fortalecer y expresar nuestra fe en este admirable sacramento. Hemos de acostumbrarnos a participar juntos lo más que se pueda, en la celebración eucarística, y animarnos y recordarnos unos a otros la necesidad de, al menos, visitar unos minutos al Santísimo, presente en el Sagrario.

OTRAS OBSERVACIONES SOBRE LA EUCARISTÍA

El amor a la Eucaristía lleva, lógicamente, a apreciar cada vez más el sacramento de la Reconciliación o Penitencia. Hoy se constata que muchos fieles se encuentran inmersos en una cultura que tiende a borrar el sentido del pecado, favoreciendo una actitud superficial que lleva a olvidar la necesidad de estar en gracia de Dios para acercarse dignamente a la comunión sacramental. Hay que subrayar que vivir plenamente la vida cristiana supone estar en gracia de Dios. Una vida de gracia consciente, creciente y difundida o apostólica. Si no tenemos la certeza moral de no estar en pecado mortal, no debemos acercarnos a la Sagrada Comunión. "Exámítese, pues, cada uno a sí mismo antes de comer este pan y beber el cáliz, porque quien come y bebe sin discernir el Cuerpo del Señor, come y bebe su propia condenación" (1 Cor 11, 28). Debemos promover la pedagogía de la conversión que nace de la Eucaristía y fomentar la confesión frecuentemente.

A los enfermos o ancianos que conozcamos debemos animarles y ayudarles para que reciban el sacramento de la Unción de los enfermos, que nos da la gracia de Dios, la fuerza de su Espíritu para luchar contra el mal, la salud si nos conviene y, además, nos despierta el deseo de recibir a Jesucristo. En el momento de pasar al Padre, la comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo se manifiestan como la semilla de vida eterna y potencia de resurrección: "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día" (Jn 6, 54).

El mandato del Señor en el Cenáculo "Haced esto en memoria mía" (Lc 22, 19), dirigido al Sacerdocio de la nueva alianza, es el encargo y cometido más gozoso y esencial de cualquier sacerdote. Por eso jamás puede convertir en rutina la celebración de la misa, y nosotros los seglares debemos ayudarles, estimularles, darles testimonio de nuestra profunda fe en la Eucaristía, que es la mayor expresión del amor de Dios revelado en Cristo. Por eso también decimos que es el memorial de la Pasión, porque la instituyó en el umbral de su Pasión, para sensibilizarnos con aquel amor infinito de entregarse al sufrimiento y a la cruz por nosotros. Por eso, San Agustín afirma que "es el mayor de todos los milagros: porque Dios puso toda su omnipotencia al servicio del amor".

Toda la vida cristiana está marcada por el amor esponsal de Cristo y de la Iglesia. La Eucaristía corrobora de manera inagotable la unidad y el amor indisolubles de cada matrimonio cristiano. En él, por medio del sacramento, el vínculo conyugal se encuentra intrínsecamente ligado a la unidad eucarística entre Cristo esposo y la Iglesia esposa. Por la gracia del sacramento del matrimonio, Dios nos da como una chequera, con infinitos cheques en blanco firmados por Él, para que los utilicemos siempre que lo necesitemos en nuestra convivencia, en la educación, en los problemas, etc. Y toda esta gracia sacramental se hace realidad en la Eucaristía, que Jesucristo nos ofrece como plenitud de su amor. De ahí que el matrimonio cristiano tenga razones para no romperse “hasta que la muerte nos separe”.

El banquete eucarístico, revelando su dimensión fuertemente escatológica, viene en ayuda de nuestra libertad en el camino de la vida. El banquete eucarístico es para nosotros anticipación real del banquete final, anunciado por los profetas y descrito en el Nuevo Testamento como “las bodas del cordero”, que se ha de celebrar en la alegría de la comunión de los santos.

Por último, deben destacarse dos ideas en las que debemos profundizar:

1. La Virgen María es la gran creyente que, llena de confianza, se pone en las manos de Dios, abandonándose a su voluntad. Ella fue la primera comulgante y la que hasta su ascensión celebró el “memorial del Señor” con las primeras comunidades cristianas. Que sea nuestra estrella en la fe eucarística.

2. La oración más importante a favor de los difuntos es la Santa Misa.

PARA EL TRABAJO PERSONAL

ASPECTOS CLAVES DE ESTE TEMA

1. *La Eucaristía es el misterio, el compendio y la suma, por excelencia, de nuestra fe cristiana.*
2. *La Santa Misa es el sacrificio, la oración y la acción de gracias dirigidas al Padre por el único Mediador, Jesucristo, con el Espíritu Santo.*
3. *Todos los sacramentos tienden, se orientan y buscan la Eucaristía como plenitud y culmen de los mismos, el centro y el fin de la vida sacramental.*

9

VER:

1. ¿Descubres en la Sagrada Eucaristía el gran misterio de la presencia viva y real de Jesucristo, que ha querido quedarse entre nosotros hasta el final de los tiempos? ¿Qué es lo que más te cuesta creer o aceptar? ¿Qué es lo que más te entusiasma?
2. ¿Sabes descubrir en el prójimo esta presencia viva de Jesucristo? ¿Cómo? ¿Ves la voluntad de Dios en sus problemas? ¿Te evades? ¿Por qué?

JUZGAR:

1. ¿Qué te sugieren las palabras de Jesús, antes de la última Cena, narradas por Lucas 22, 14-23? Expresa tus razones, dudas o admiraciones en este sentido.
2. A la luz del texto de Juan 6, 51-58, ¿cómo debe ser nuestra actitud ante la realidad de la Eucaristía? ¿Debemos exigirnos más? ¿Qué cosas?

ACTUAR:

1.
 - Concreta qué deberíamos hacer para fortalecer la fe en la Eucaristía.
 - Indica alguna acción apostólica o formativa para dar a conocer este gran milagro de la santísima Eucaristía a los demás.
 - ¿Qué puedes exigirte para corresponder a este amor sin límites?
2.
 - Determina qué exigencias más urgentes tiene el prójimo aquí y ahora, para que los cristianos cuajemos nuestra fe en la caridad.
 - ¿Qué tienes que corregir en tu comportamiento con el prójimo?
 - ¿Es frecuente en ti y en los demás el pecado de omisión? ¿Por qué?

Tema 2

La Eucaristía, misterio que se ha de celebrar

TEXTOS PARA LA ORACIÓN PERSONAL:

Ex 33, 18-23: "Dijo Moisés al Señor: Déjame ver tu gloria"

Dt 8, 3-16: "Te ha alimentado en el desierto con el maná"

Sab 16, 20-29: "Aquel sustento manifestaba a tus hijos tu dulzura"

Ap 21, 1-8: "Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin"

1 Cor 11, 17-33: "Examínese, pues, cada uno a sí mismo antes de comer el pan"

CONCILIO Y CATECISMO:

**Constitución sobre la sagrada Liturgia: 47-48 y 55-56; CCI 1066-1075
SACRAMENTUM CARITATIS: 34-69**

RESUMEN DOCTRINAL DEL TEMA

Es muy necesario vivir la Eucaristía como misterio de fe celebrado auténticamente, pues dice la Escritura que "El justo vive por la fe". La fuente de nuestra fe y de la liturgia eucarística es el mismo acontecimiento: el don que Jesucristo ha hecho de sí mismo en el Misterio Pascual.

La relación entre el misterio creído y celebrado se manifiesta de modo peculiar en el valor teológico y litúrgico de la belleza. Tanto la liturgia como la Revelación cristiana, están vinculadas intrínsecamente con la belleza: es el esplendor de la Verdad. En la liturgia resplandece el misterio pascual mediante el cual Cristo mismo nos atrae, nos llena de su luz, nos embriaga de su amor, nos cautiva con la belleza de su Persona divina y su Palabra de vida, y nos descubre sus promesas con las dulzuras del cielo que nos tiene prometido, junto a las Personas divinas y con los bienaventurados.

En todo el Antiguo Testamento encontramos grandes signos del esplendor de la potencia de Dios, que se manifiesta con su gloria a través de los prodigios hechos en el pueblo elegido. En el Nuevo Testamento se llega definitivamente a esta epifanía de belleza en la revelación de Dios en Jesucristo. Él es la plena manifestación de la gloria divina. En la glorificación del Hijo resplandece y se comunica la gloria del Padre. Sin embargo, esta belleza no es una simple armonía de formas; "el más bello de los hombres" (Sal 45,3) es también misteriosamente quien "no tiene aspecto atrayente, despreciado y evitado por los hombres, ante el cual se ocultan los rostros" (Is 53,2). Así le hemos puesto nosotros con el pecado. Miremos a Cristo crucificado. Él nos enseña cómo la verdad del amor sabe también transfigurar el misterio oscuro de la muerte en la luz radiante de la resurrección. Aquí radica el resplendor de la gloria de Dios, que se ha revelado definitivamente en el misterio pascual que celebramos. El memorial del sacrificio redentor lleva en sí mismo los rasgos de aquél resplendor de Jesús en la Transfiguración. La belleza de la liturgia es un elemento constitutivo por ser atributo de Dios.

OTROS ASPECTOS DE LA CELEBRACIÓN

Jesucristo, por la celebración eucarística, nos asimila a Él. Afirma San Agustín: "Este pan que vosotros veis sobre el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo, y el cáliz es la Sangre de Cristo. Por medio de estas cosas quiso el Señor dejarnos su Cuerpo y su Sangre, que derramó por la remisión de nuestros pecados. Si lo habéis recibido dignamente, vosotros sois eso mismo que habéis recibido; no sólo nos hemos convertido en cristianos, sino en Cristo mismo".

La liturgia es acción de Dios que nos une a Jesús a través del Espíritu. A partir de la experiencia del Resucitado y de la efusión del Espíritu Santo, la Iglesia celebra el Sacrificio eucarístico obedeciendo el mandato de Cristo. Por este motivo,

al inicio del cristianismo la comunidad cristiana se reúne el Día del Señor para la Fracción del Pan.

El obispo diocesano es el primer dispensador de los misterios de Dios, el guía, el promotor y custodio de toda la vida litúrgica: él, junto a sus sacerdotes, han de considerar la celebración como su deber principal, siendo guardianes, vigilantes, maestros y testigos de los sagrados misterios, atendiendo y obedeciendo a la estructura propia del ritual, así como las normas litúrgicas, reconociendo así el don inefable de la Eucaristía que les es confiado.

La dignidad del lugar sagrado en donde se celebra, el arte, el esmero, la limpieza, la luz, las flores, los cantos, la música, el respeto a las normas, la participación activa y devota de todos los creyentes, deben contribuir a fortalecer, expresar y gozar la celebración del rito, del sacrificio, de la oración y la ofrenda más sublime y completa con la que los cristianos alabamos a Dios y nos acercamos a Él.

La proclamación de la Palabra es algo muy importante y forma una unidad con el sacramento eucarístico, porque escuchamos al mismo Verbo hecho carne, que nos habla en nuestro presente. "Desconocer la Escritura es desconocer a Cristo", afirma San Jerónimo, el primer traductor de la Biblia al latín. La Iglesia pide que se proclame con la máxima dignidad, buen hacer, devoción y respeto. La homilía, preparada lo mejor posible, debe ser escuchada con atención y devoción. Tanto las lecturas sagradas -menos el Evangelio-, como las moniciones y ofrendas deben ser hechas por seglares, pero esmerándose al máximo en la actitud, en el talante y en el mismo comportamiento, incluso cuidando la forma de vestir.

Las condiciones personales para la fructuosa participación exigen un espíritu de conversión continua, que ha de caracterizar la vida de cada fiel. No se puede esperar una participación activa en la celebración eucarística cuando se asiste superficialmente, sin antes examinar la propia vida. Favorece dicha disposición interior, por ejemplo, el recogimiento y el silencio, aunque lo más importante es la vida de gracia y motivar nuestra fe. La plena participación en la Eucaristía se da cuando nos acercamos también personalmente al altar para recibir la comunión. No obstante, se ha de poner atención para que no se induzca a un cierto automatismo entre los fieles, como si por el solo hecho de encontrarse en la iglesia durante la liturgia se tenga ya el derecho o quizás incluso el deber de acercarse a la mesa eucarística. Aún cuando no sea posible acercarse a la comunión sacramental, la participación en la Santa Misa sigue siendo necesaria, válida, significativa y fructuosa. En estas circunstancias es bueno cultivar el deseo de la plena unión con Cristo, practicando, por ejemplo, la comunión espiritual, recomendada por los santos maestros de la vida espiritual.

Por lo que se refiere al valor de la participación en la Santa Misa que los medios de comunicación hacen posible, quien ve y oye dichas transmisiones ha de saber que, en condiciones normales, no cumple con el precepto dominical. En efecto, el lenguaje de la imagen representa la realidad, pero no la reproduce en sí misma. Si bien es loable que ancianos y enfermos participen en la Santa Misa de la televisión o radio, no puede decirse lo mismo de quien, mediante tales transmisiones, quisiera dispensarse de ir al templo para la celebración eucarística en la asamblea de la Iglesia viva. Lo que importa es que a los enfermos e impedidos se les lleve con frecuencia la Comunión sacramental. Al reforzar así la relación con Cristo crucificado y resucitado podrán sentirse integrados en la vida y misión de la Iglesia mediante la ofrenda del propio sufrimiento, en unión con el sacrificio del Señor.

La mejor catequesis sobre la Eucaristía es la Eucaristía misma bien celebrada y participada. Esto es particularmente urgente en una época como la actual, tan imbuida por la tecnología, en la cual se corre el riesgo de perder la capacidad perceptiva de los signos y símbolos, tan ricos y expresivos en toda la tradición de la Iglesia.

Resulta conveniente dedicar unas palabras finales a algo tan esencial como es la veneración, la adoración y la devoción prioritaria a la Eucaristía. Venerar en la celebración y en la reserva de la Eucaristía, con gran sentido sobrenatural, con todos los recursos y la misma compostura (por ejemplo arrodillándose, los que no estén impedidos, ante el Sagrario o la custodia cuando está expuesto el Señor). Observar, en este sentido, en toda la Biblia las razones para “doblar las rodillas ante Dios”. Adorar como exigencia y expresión de nuestra fe. Nadie coma de este Pan sin antes adorarlo; pecamos si no lo adoramos. La Eucaristía es el Hijo de Dios, que viene a nuestro encuentro y desea unirse a nosotros.

La adoración fuera de la misa prolonga e intensifica lo acontecido en la celebración litúrgica. Solo en la adoración puede madurar nuestra fe, esperanza y caridad, y sólo desde ella se puede valorar y descubrir la grandeza, la belleza, el poder y el amor de Dios. La adoración al Santísimo Sacramento en la celebración, en el Sagrario y en la exposición sacramental es el acto más vital, más necesario, más hermoso y gozoso que un creyente puede realizar para orar, contemplar, merecer, adorar y cultivar espiritualmente. La Iglesia, y en concreto la Exhortación sobre la Eucaristía de la estamos partiendo, recomienda y pide vivamente que se acrecienten estas formas de adoración.

La devoción prioritaria a la Eucaristía es de lógica y sentido común, al contener este sacramento al mismo Jesucristo, como Él afirma: “Esto es mi Cuerpo”, que siempre nos está esperando para unirse a nosotros. Todas las devociones son buenas, pero ninguna es como la devoción al Santísimo Sacramento.

PARA EL TRABAJO PERSONAL

ASPECTOS CLAVES DE ESTE TEMA

- 1. Es muy necesario vivir la Eucaristía como misterio fundamental de la fe, que debe ser celebrado porque así nos lo mandó Jesús; ello exige nuestra fe como respuesta.*
- 2. Jesucristo, por la celebración eucarística, nos une con las Personas divinas, nos une con su Cuerpo Místico, entre nosotros y nos asimila a El.*
- 3. La mejor catequesis sobre la Eucaristía es la misma Eucaristía bien celebrada y participada. Todas las celebraciones deben ser vivas, devotas, hermosas y sin dar lugar jamás a la rutina, como no se hacen rutinarios los actos más importantes de nuestra vida aunque los repitamos.*

15

VER:

1. ¿Sabes ver, en la celebración de los misterios de nuestra fe, la grandeza, la belleza, el poder y el absoluto de Dios que lo supera todo? Indica cómo vives la celebración eucarística y la liturgia de la Iglesia.
2. ¿Observas cómo suelen vivir y participar en la Eucaristía y en los demás sacramentos los cristianos que asisten? ¿Cómo es su actitud?

JUZGAR:

1. ¿Has pensado si podríamos mantener la fe, la esperanza y caridad sin la celebración de la liturgia cristiana? ¿Por qué?
2. A la luz del precioso texto de 1 Cor 11, 17-33, ¿qué piensas que se nos exige a los que participamos en la celebración de la Eucaristía, y qué supone para nosotros este regalo o don inefable del Señor?

ACTUAR:

1. Señala un compromiso particular en relación con la celebración litúrgica, que es el alimento de nuestra fe, por el que acrecientes tu participación, tu vivencia, tu oración litúrgica, tu formación, etc.
2. Indica un compromiso apostólico, aunque sea sensible, en relación a los que asisten y a los que no asisten a las celebraciones litúrgicas, para razonarles, motivarles y animarles a participar lo mejor posible.

Tema 3

La Eucaristía, misterio que se ha de vivir

TEXTOS PARA LA ORACIÓN PERSONAL:

Ex 19, 3-9: "Seréis para mí un reino de sacerdotes, una nación santa"

Sal 23, 1-6: "El Señor es mi pastor, nada me falta"

Is 55, 1-5: "Os deleitaréis con manjares"

Jn 6, 28-58: "¿Qué debemos hacer para actuar como Dios quiere?"

1 Cor 11, 17-33: "Examínese, pues, cada uno a sí mismo antes de comer el pan"

1 P 2, 9-10: "Vosotros, en cambio, sois linaje escogido"

CONCILIO Y CATECISMO:

**Lumen Gentium n° 42. CCE núms. 1337-1344;
SACRAMENTUM CARITATIS: 70-97**

RESUMEN DOCTRINAL DEL TEMA

18

El Señor Jesús, que por nosotros se ha hecho alimento de Verdad y de Amor, hablando del don de su vida nos asegura que “quien coma de este pan vivirá para siempre” (Jn 6, 51). Pero esta vida eterna se inicia en nosotros ya en este tiempo por el cambio que el don eucarístico realiza en nosotros: “El que come vivirá por mí” (Jn 6, 57). Estas palabras de Jesús nos permiten comprender cómo el misterio “creído” y “celebrado” contiene en sí un dinamismo que hace de él principio de vida nueva en nosotros y forma de la existencia cristiana. En efecto, comulgando el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo participamos de la vida divina de un modo cada vez más adulto y consciente. No es el alimento eucarístico el que se transforma en nosotros, sino que somos nosotros los que gracias a él acabamos por ser cambiados misteriosamente.

EFICACIA DEL CULTO EUCARÍSTICO

El nuevo culto cristiano abarca todos los aspectos de la vida, transfigurándola: “Cuando comáis o bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios” (1 Cor 10, 31). Los cristianos estamos llamados a expresar en cada acto de nuestra vida el verdadero culto a Dios. De aquí toma forma la naturaleza intrínsecamente eucarística de la vida cristiana. La Eucaristía, al implicar la realidad humana concreta del creyente, hace posible, día a día, la transfiguración progresiva del hombre, llamado a ser por gracia imagen del Hijo de Dios (cf. Rom 8, 29 ss).

El culto agradable a Dios se convierte en un nuevo modo de vivir todas las circunstancias de la existencia, en la que cada detalle queda exaltado al ser vivido dentro de la relación con Jesucristo, y como ofrenda a Dios.

San Ignacio de Antioquia presentaba a los cristianos como “los que viven según el domingo”. Esta fórmula del gran mártir antioqueño expresa con claridad la relación entre la realidad eucarística y la vida cotidiana de los creyentes. La costumbre característica de los cristianos de reunirse el primer día después del sábado para celebrar la resurrección de Cristo, según el relato de San Justino mártir, es el hecho que define también la forma de la existencia renovada por el encuentro con Cristo. “Vivir según el domingo” quiere decir vivir conscientes de la liberación traída por Cristo y desarrollar la propia vida como ofrenda de sí mismos a Dios, para que su victoria se manifieste plenamente a todos los hombres a través de una conducta renovada íntimamente.

La vida de fe pelagra cuando no se siente deseo de participar en la celebración eucarística, en la que se hace memoria de la victoria pascual. Participar en la asamblea litúrgica dominical, junto a los hermanos con los que somos un sólo cuerpo en Jesucristo, es algo que la conciencia reclama y que al mismo tiempo la

forma. Perder el sentido del domingo es perder el sentido de la libertad cristiana, la libertad de los hijos de Dios. En este día brota el sentido cristiano de la existencia y un nuevo modo de vivir el tiempo, las relaciones, el trabajo, la vida y la muerte. El domingo debe ser santificado en sí mismo, para que no termine siendo un día "vacío de Dios".

El que se alimenta de Cristo vive por Él. El sentido profundo de la comunión de los santos se entiende en relación con el misterio eucarístico. La comunión tiene siempre y de modo inseparable una connotación vertical y una horizontal: comunión con Dios y comunión con los hermanos. Las dos dimensiones se encuentran misteriosamente en el don eucarístico. Donde no se viva la comunión entre nosotros, tampoco es viva y verdadera la comunión con el Dios trinitario.

ESPIRITUALIDAD Y CULTURA EUCARÍSTICA

Necesitamos una comprensión más profunda de las relaciones entre la Eucaristía y la vida cotidiana. La espiritualidad eucarística no es solamente participación en la Misa y devoción al Santísimo Sacramento. Abarca la vida entera.

Debemos reconocer que uno de los efectos más graves de la secularización consiste en haber relegado la fe cristiana al margen de la existencia, como si fuera inútil respecto al desarrollo concreto de la vida de los hombres, cuando en verdad debe ser todo lo contrario. La fe es la que debe y puede orientar y dar sentido a todo en la vida, la cultura, el trabajo, la familia, la economía, la diversión... hasta al dolor y la muerte, a lo que ninguna filosofía da respuesta, ¡sólo Jesucristo! La Eucaristía como misterio que se ha de vivir se ofrece a cada persona en la condición en que se encuentra, haciendo que viva cotidianamente la novedad cristiana en su situación existencial. El cristiano, viviendo su propia vida como vocación, se convierte día tras día en culto agradable a Dios. Ya desde la reunión litúrgica, el sacramento de la Eucaristía nos compromete en la realidad cotidiana para que todo se haga para gloria de Dios.

No olvidemos jamás los seglares que lo específico, lo propio, lo irrenunciable de un laico es nuestro compromiso en el mundo. Nos dice el Papa Juan Pablo II en *Christifideles Laici*: "El mundo es *el campo* (Mt 13, 38) en el que Dios pone a sus hijos como buena semilla. Los laicos cristianos, en virtud del Bautismo y de la Confirmación, y fortalecidos por la Eucaristía, están llamados a vivir la novedad radical traída por Cristo precisamente en las condiciones comunes de la vida". Debemos cultivar el deseo de que la Eucaristía influya profundamente en nuestra vida cotidiana, convirtiéndonos en testigos visibles en nuestros propios ambientes y en toda la sociedad. En el último sínodo sobre la Eucaristía, insistían los Padres sinodales en la necesidad de la coherencia eucarística en nuestras vidas. En efecto, el culto agradable a Dios nunca es un acto meramente privado, sin consecuencias en nuestras relaciones sociales. Al contrario, exige el testimonio público de la propia fe. Obviamente, esto vale para todos los bautizados, pero en especial para todos los que tienen responsabilidades sociales, políticas, económicas, culturales, etc.

EUCARISTÍA Y MISIÓN

En el saludo de despedida, al final de la celebración eucarística, después de la bendición, el diácono o el sacerdote despide al pueblo con las palabras: "Ite missa est". En este sentido se evidencia la relación entre la Misa y la Misión cristiana en el mundo. Se nos envía a dar frutos de caridad, a evangelizar, al apostolado, como consecuencia lógica de la Eucaristía. Por otro lado, hay que recordar que entre los nombres con los que llamamos la celebración, hoy prevalece el de "Misa", por este saludo final de "missa" que se transforma en "misión", lo cual

expresa sintéticamente la naturaleza misionera de la Iglesia. Por tanto, apoyándonos en la liturgia, debemos profundizar en esta dimensión apostólica, constitutiva de la vida eclesial.

No podemos guardarnos para nosotros el infinito amor que celebramos en el Sacramento. Este exige, por su naturaleza, que sea comunicado a todos. Lo que el mundo necesita es el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Por eso la Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su misión; una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera. Debemos decir a nuestros hermanos con convicción: "Eso que hemos visto y oído os lo comunicamos, para estéis unidos con nosotros" (1 Jn 1, 3). ¡Nada hay más hermoso que encontrar a Cristo y comunicarlo a los demás! No olvidemos que Jesucristo, en la última Cena, confía a sus discípulos el sacramento que actualiza el sacrificio que Él ha hecho de sí mismo en la obediencia al Padre para la salvación de todos nosotros. No podemos acercarnos a la Mesa eucarística sin dejarnos llevar por ese movimiento de la misión que, partiendo del corazón mismo de Dios, tiende a llegar a todos los hombres. Así pues, el impulso misionero es parte constitutiva de la forma eucarística de la vida cristiana.

Jesús es el testigo fiel y veraz (Cf. Ap 1, 5 y 3, 14). Él ha venido para dar testimonio de la Verdad (Cf. Jn 18, 37). El testimonio hasta el don de sí mismo, el martirio en la historia de la Iglesia, ha sido considerado como la cumbre del nuevo culto espiritual. La misión primera y fundamental que recibimos de los santos misterios que celebramos es la de dar testimonio con nuestra vida. El asombro por el don que Dios nos ha hecho en Jesucristo imprime con nuestra vida un dinamismo nuevo, comprometiéndonos a ser testigos de su amor.

"El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo" (Jn 5, 51). Con estas palabras Jesús nos revela el sentido de su entrega, la necesidad vital que el mundo tiene de Él y lo que sus seguidores debemos conocer. La Eucaristía, Sacramento de la Caridad, como lo llama Santo Tomás de Aquino -y es lema del último sínodo-, nos descubre la impresionante finalidad y carácter social de este inefable misterio.

Por último, la Eucaristía es el alimento de la verdad por ser sustancial al cristianismo, para que nunca callemos la Verdad. Es la santificación del mundo, por ser el origen de toda forma de santidad y salvaguarda de la creación. Que María, la Madre de Jesús y nuestra, "mujer eucarística", como la llamaba Juan Pablo II, sea nuestro modelo, nuestra ayuda e intercesora, para entregarnos a Cristo Eucaristía.

PARA EL TRABAJO PERSONAL

ASPECTOS CLAVES DE ESTE TEMA

1. *El que come de este Pan vivirá para siempre, pero esta vida eterna se inicia en nosotros ya en este tiempo.*
2. *El culto eucarístico transfigura todos los aspectos de la vida.*
3. *La Eucaristía es el Sacramento de la Caridad, por eso lleva implícita la dimensión misionera y apostólica.*

21

VER:

1. ¿Eres consciente de la exigencia de compromiso que conlleva la Eucaristía? ¿Por qué crees que es así?
2. ¿Descubres la belleza, la grandeza, la dulzura y la ternura, el amor y la fuerza de este Pan de Ángeles que nos da nuestro Dios? ¿Palpas la felicidad y el sentido que da a tu vida? ¿Ves de lo que carecen tantas personas, a nuestro lado, que no tienen fe o muy poca?

JUZGAR:

1. A la luz del capítulo 6 de San Juan, ¿qué actitud debemos tener los cristianos en relación a la Eucaristía? ¿y tú?
2. ¿Qué exigencia y qué misión nos marca Jesús en relación con lo que sintéticamente recoge, con precisión, San Pedro en su primera carta 2, 9-10? ¿Juzgas que merece la pena seguir a Jesucristo? ¿Por qué?

ACTUAR:

1. Indica qué debería hacer la Iglesia, la Acción Católica, tú mismo, para comunicar a nuestros contemporáneos que en Jesucristo está la auténtica vida y felicidad suprema.
2. ¿Qué puedes hacer para ser más fiel a Cristo, gozar más de su intimidad y darle a conocer a todo el que esté a tu lado o se te ponga en el camino?